

Santuario de la Hispanidad (1)

Para Ricardo Becerro de Bengoa

¡Guadalupe! ¡Guadalupe!

Deja, deja que repitan ese nombre mis palabras;
deja, deja que resuene por los ámbitos
más lejanos de mi Patria
este nombre tan sonoro,
esta rítmica palabra,
que es la cifra y el compendio de los más grandes amores,
el impulso y el latido de la sangre de mi raza...

¡Guadalupe! ¡Guadalupe!

Eres templo, eres castillo y eres arca
do se encierran las más santas tradiciones,
donde nacen las proezas legendarias
de esa estirpe de guerreros y de artistas,
de esa pléyade gloriosa de Alvarados y Orellanas,
de Pizarros y Corteses,
y Balboas y Valdivias y Quesadas...

Eres puente y eres arco milagroso
que dos viejos continentes entrelaza,
pues al mundo americano,
al igual que a nuestra España,
es tu nombre tan süave
como el plácido suspiro de las auras,
como el trino de los pájaros cantores,

(1) Reproducimos esta inspirada composición recogida por su autor en su libro, recientemente aparecido y comentado en estas páginas: *En el Alcázar de la Reina*.

como el trémulo murmullo de las aguas
que entre guijas se deslizan susurrando
sus canciones monorrítmicas y gratas...

Eres cuna espiritual de un nuevo mundo,
ya a la isla Turuqueira con tu nombre bautizaran,
y en los pueblos de la América,
y en el Africa, y en Flandes, y en Italia,
en Polonia y Portugal y en todo el orbe
Guadalupe como un eco prodigioso resonaba...

Y por eso en este día
de sus urnas sepulcrales se levantan
esos héroes cuyos nombres por el mundo
pregonaron las trompetas de la fama...

En la vaga lejanía ya vislumbran
mis pupilas, entre mágicos colores,
los colores rojo y gualda,
y el ondeo majestuoso de pendones y caireles,
y el airón de las cimeras
y el rebrillo de tizonas y de adargas...

Se perciben
los crujidos de las cotas y corazas,
el piafar de los caballos,
el rodar de las literas y el murmullo de las damas,
y el ingente clamoreo de la inmensa muchedumbre
de guerreros y caudillos de toda habla,
que en magnífico cortejo, por la espléndida llanura,
hacia el templo suntuoso se dirige que el Onceno,
en la plácida vertiente de una sierra, levantara.

Los diviso, los diviso...
Se aproximan, ya penetran y dirigen sus miradas

y le rinden pleitesía
 a una Virgen que es su Dama,
 a una Virgen que es su Reina y su Señora,
 a una Virgen que es suspiro en sus plegarias,
 a una Virgen que es aliento en sus empresas,
 que es honor en sus hazañas,
 es laurel en sus victorias,
 es alivio en sus desgracias,
 en sus hambres alimento,
 en su sed es catarata,
 es estrella en sus desvíos,
 en la muerte, vida y gracia...

Te veneran y te piden, Virgen mía,
 desde el fondo de sus almas,
 que este Templo que es tu Trono
 sea el Templo de la Raza
 y la Sede espiritual del Mundo Hispánico
 y Tú, Reina singular de las Españas...

Te lo piden
 porque aquí se elaboraba
 esa savia fecundante que corría
 por el árbol generoso de la Patria
 de ideal y de cultura,
 y de ensueño y de esperanzas
 en un rápido ascender maravilloso
 por las cumbres de la gloria y de la fama...

Te lo piden y lo exigen porque fue tu santo nombre
 el que en labios de los héroes resonó por todo el mapa...

FRAY ANTONIO CORREDOR, O.F.M.

PÁGINAS INFANTILES

Achú

(El silencioso)



LAURA MARÍA le dijeron que pronto tendría un hermanito...
 ¡Ella, se lo había pedido tantas veces a la cigüeña, cuando la veía cruzar rápida por el azul del cielo!... Es que estaba ya tan aburrida la pobre niña de no poder jugar con nadie en casa, que esta noticia la llenó de alegría y soñaba día y noche con el feliz acontecimiento de tener un compañero de juego.

Además, ya no estaría envidiosa de su prima Chiqui, a la que todos los años, la cigüeña, le traía un hermanito nuevo, y, últimamente, se sintió espléndida y le trajo dos a un tiempo. ¡Qué suerte tenía Chiqui!...

Laura María, cada vez que pasaba volando una cigüeña, le gritaba desde el balcón con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡¡Que nos traigas un niño!!...

Pero nada. Y la pobre pequeña, que ya contaba cuatro años, estaba cansada de jugar con su amiga del espejo, que como era ella misma, que se veía en él, no hacía más que copiar, como un mono de imitación, todos sus movimientos, pero no hablaba. ¡Qué fastidio! —¿Juegas?— la decía—. Yo soy la mamá y tú la niña— y el espejo reproducía todos sus gestos, pero era una amiguita muda.

Un día del mes de Febrero, con la naricita pegada al cristal del balcón, miraba Laura María muy atentamente hacia el cielo, mientras su mamá terminaba un precioso gabancito de niño pequeño, al que estaba dando los últimos toques.

—¿Qué haces, nena?— preguntóla intrigada.

—Estoy mirando una cigüeña que no hace más que volar frente a nuestra casa, pero va muy alta. ¿Será?...

* * *

¡Sí, fue!...
 Fue lo que había pasado por la cabeza de Laura María.